

CINE Y BELLEZA:

la violencia del erotismo

La representación erótica en el cine, en muchos casos, tiene que ver con la visión de una belleza que termina siendo violentada, profanada, o hasta destruida. Eso se puede apreciar en algunas cintas de Hitchcock, Cronenberg o Masumura, y a la luz de lo expuesto por Georges Bataille en su libro *El erotismo*.

José Carlos Cabrejo



Los pájaros. ◀

En su libro *El erotismo*, Georges Bataille afirma que el terreno del erotismo es “esencialmente el campo de la violencia, el campo de la violación” (Bataille 1992: 30).

Para el francés, el acto coital es comparable con los rituales de sacrificio animal, ambos revelan la carne e intensifican el recorrido de la sangre. Mientras que por un lado estamos ante la convulsión de los órganos de la bestia, por otro estamos ante la convulsión erótica, que “[...] libera órganos pletóricos cuyos juegos ciegos prosiguen más allá de la voluntad reflexiva de los amantes. A esa voluntad reflexiva suceden los movimientos animales de esos órganos hinchados de sangre. Una violencia, que la razón deja de controlar, anima a esos órganos...” (Bataille 1992: 129).

La vellosidad que caracteriza a los órganos genitales y la veloz fuerza con la que forman parte de la práctica sexual, hacen que lo humano llegue a estados próximos a los bestiales. Por ello, la representación de lo erótico en el cine en algunos casos va más allá de lo estrictamente sexual. En una de

las secuencias finales de *Los pájaros* (1963) de Alfred Hitchcock, vemos al personaje de Tippi Hedren ingresando a una habitación en la que repentinamente es atacada con salvajismo por numerosas aves. La forma en que los animales se dirigen al cuerpo espigado y de vestimenta formal de la rubia es orgiástica y violatoria: picotean sus manos y su rostro, abren sus piernas con brutalidad y van agujereando y arrancando sus prendas.

No se ve un acto sexual en la cinta de Hitchcock, pero en la secuencia descrita subyace una visión extrema y sádica del erotismo, plasmada con aves que actúan con una ferocidad “fálica”. Ello explica que muchas representaciones de lo erótico en el cine tengan que ver con la presencia de mujeres convertidas en objeto sexual de seres con apariencia animal. Recordemos a la criatura peluda, semejante a un oso, de *La bestia* (1975), de Walerian Borowczyk, que quitaba de a pocos los vestidos de mujeres o terminaba bañando con un abundante líquido seminal a alguna de ellas; al monstruo con tentáculos de *Poseción* (1981), de Andrzej Zulawski, que

penetra el cuerpo de una enloquecida y gimiente Isabelle Adjani; o a la princesa que recibe entre sus piernas, cerca de una cascada, a un bagre, que ingresa en su cuerpo como si fuera un miembro viril en *El tío Boonmee que recuerda sus vidas pasadas* (2010) de Apichatpong Weerasethakul.

La belleza bestializada

El cine expresa justamente que el erotismo es un acto de transición. Es un viaje carnal de la belleza a la fealdad. En efecto, Bataille afirma que el erotismo que despierta la hermosura de una mujer en un hombre consiste en que él pueda después descubrir sus zonas más íntimas, que por ser vellosas son las más animales de su cuerpo. Para dicho autor, lo erótico está en cómo esa belleza resulta profanada, violentada, manchada con los órganos de apariencia más bestial en la anatomía humana:

“La belleza de la mujer deseable anuncia sus vergüenzas: precisamente sus partes pilosas, sus partes animales. El instinto inscribe en nosotros el



Saló o los 120 días de Sodoma.

deseo de esas partes. Pero, más allá del instinto sexual, el deseo erótico responde a otros componentes. La belleza negadora de la animalidad, que despierta el deseo, ideseboca en la exasperación del deseo en la exaltación de las partes animales!” (Bataille 1992: 198-199).

“De lo que se trata es de profanar ese rostro, su belleza. De profanarlo, primero, revelando las partes secretas de una mujer, después colocando ahí el órgano viril. Nadie duda de la fealdad del acto sexual. Que las situaciones varíen según los gustos y los hábitos, no puede hacer que generalmente la belleza (la humanidad) de una mujer no concurra a hacer sensible –y chocante– la animalidad del acto sexual. La belleza importa, en primer lugar, porque la fealdad no puede ser mancillada y porque la esencia del erotismo es la mancha. La humanidad significativa del interdicto es transgredida en el erotismo. Es transgredida, profanada, mancillada. Cuanto mayor es la belleza, mayor es la mancha” (Bataille 1992: 202).

Eso explica que muchas de las imágenes del cine pornográfico consistan en la representación de cuerpos femeninos casi perfectos, sometidos a extremas y múltiples penetraciones y actos vejatorios. Pero también nos hace entender que lo erótico está igualmente en las películas que enfocan la belleza humana violentada por lo monstruoso, o por actos de esa condición. Así, encontramos los cuerpos bellos y jóvenes de *Saló o los 120 días de Sodoma* (1975) de Pier Paolo Pasolini, obligados a comer excremento, quemados como vacas o mutilados. Pero también lo que ocurre en numerosas películas de terror, como las parejas de anatomías firmes atravesadas por una lanza o asesinadas a machetazos en pleno acto sexual por Jason Vorhees en la saga de *Viernes 13*; o las corporeidades femeninas y voluptuosas de *Piraña 3D* (2010), de Alexandre Aja, que después de ser plasmadas en el campo visual con sugerentes bikinis, terminan siendo despedazadas por animales marinos en una playa.

Extraños placeres

Ampliando los planteamientos de Bataille en su relación con el cine,



Crash: extraños placeres. ◀

la crueldad es erótica por su representación de una belleza que bordea la destrucción o es conducida hacia ella. Y una de las películas de las últimas décadas que sintetiza muy bien esa idea es *Crash: extraños placeres* (1996) de David Cronenberg, en la que James Ballard (interpretado por James Spader), un productor de cine, ingresa a un club de personas que llega a la excitación sexual planificando reproducir las muertes automovilísticas de estrellas como James Dean o Jayne Mansfield. En una escena, Ballard tendrá sexo con una mujer lisiada llamada Gabrielle (Rosanna Arquette), y antes de penetrarla, lo que más lo excita y lo mueve a hacerlo es besarle aquella pierna que ha sido objeto de una gran sutura, producto de uno de los choques entre carros organizados por dicho club.

Igualmente, el personaje de Spader se siente invadido por un gran placer cuando ve el cuerpo desnudo y lleno de moretones de su esposa, Catherine (Deborah Kara Unger), después de que ella ha sido casi violentada sexualmente, al interior de un vehículo, por Vaughan (Elias Koteas), un personaje lleno de cicatrices en su cuerpo. Lo mismo sucede en la secuencia final, en la que ella conducía su carro y, perseguida por el automóvil de su marido, sufre un accidente de tránsito. Él, al verla nuevamente herida y ensangrentada, tal vez agonizando, la besa, la acaricia y la coge sexualmente.

James Ballard disfruta aún más el sexo con Gabrielle por la gran herida que se nota en su pierna. Goza haciendo el amor con su esposa al ver su cuerpo “ensuciado” por un hombre de apariencia casi monstruosa, o verlo sangrante por un choque automovilístico. Lo tecnológico en *Crash* erotiza la belleza al someterla a una mayor degradación.

En ese sentido, la belleza cinematográfica puede morir, como ocurre en *La bestia ciega* (1969) de Yasuzô Masumura. En esta cinta, una modelo es secuestrada por un escultor ciego y es confinada al interior de un estudio lleno de réplicas gigantescas de distintas zonas del cuerpo femenino: senos, piernas, labios, brazos, orejas. A pesar de su reclusión, ella enloquece, se enamora de él y le pide que corte sus brazos y piernas. Cada vez que le desprende una de sus extremidades, con un enorme cuchillo y una comba, no se ven caer en el encuadre aquellas partes de su cuerpo, sino los brazos y piernas de algunas de las grandes esculturas creadas por el invidente. Esta secuencia final de la película japonesa resume justamente una de las miradas sexuales del cine que hemos analizado en este texto: el erotismo de la belleza violentada y convertida en fenómeno plástico, en acto artístico. ◻

Bibliografía

Bataille, G. (1992). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets.